Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

AQUELLA COSA APACIBLE Y GENTIL QUE FUE DON VETILIO

Por Manuel Mora Serrano

Hasta para decir su nombre había que acomodar los labios con cierta reverencia. Era así, apacible y gentil don Vetilio Alfau Durán.

Llegué tarde a su vida y a su muerte; apenas nos tratamos de unos meses acá personalmente y cuando llegué a su inhumación habían pasado los panegíricos.

Me asombré de no encontrar otros colegas en aquel momento en el cual el país atesoraba para siempre a un hijo bueno. Me asombró el menosprecio con el que, aparentemente, los creadores puros de literatura demostraban tener al historiador. Y a qué historiador, a qué pureza y ejemplo de historiador, y, de escritor también, porque su estilo preciso, descarnado adrede de florilegios y tropos inútiles es el de un esteta, el de un clásico. Porque eso será él para siempre, uno de los clásicos.

Si la admiración venía de lejos (¡quisiera saber quién no admiraba y respetaba a don Vetilio en este

país!) y el conocimiento epistolar, fue apenas hace unos meses que me animé a ir a conversar con él.

Ya estaba muy enfermo, hablaba con dificultad y le era penoso caminar; sin embargo, me recibió junto a su esposa y me hizo referencias sobre el Postumismo que investigaba y charlamos sobre diversos tópicos.

Rememoramos sus viajes a Cuba, España, México y hablamos de las tertulias de la calle El Conde. Me hice el propósito de volver con algún tema específico y en eso sobrevino ella, la repartidora de lágrimas.

Ciertamente, estaba allí, aquella mañana triste conversando con don Emilio Rodríguez Demorizi, sabiendo que don Vetilio había llenado a cabalidad su misión terrestre, como persona, como ciudadano, como intelectual honesto e insobornable.

Mantuvo su lucidez, su amor por la historia, por el dato preciso, por la minucia aclaradora. Porque los grandes, realmente, parecen nacer con suerte, la de que sean ellos los halladores, los autores de los hallazgos. En eso, don Vetilio, sin petulancia, sin fanfarronerías, con la mayor probidad y humildad, fue certero y dichoso; son muchos sus hallazgos.

Ciertamente, como ha dicho uno de sus panegiristas póstumos, su muerte se esperaba, después de todo, la muerte es la residente natural de la vida como en cualquier hombre, pero la muerte de Vetilio duele, duele más que otras muertes porque con él se va una vida sana y ejemplar, pero también se va su sabiduría. Lo que queda en sus escritos no es más que una sombra de sus conocimientos y de sus entusiasmos. Definitivamente nos empobrecemos. Nos abocamos cada día a la bancarrota cuando estos auténticos bancos de cultura quiebran para siempre.

Por mí, desde mí, quisiera que la literatura lanzara su queja. Un ilustre provincial que superó desde joven las barreras que al conocimiento elevan las atalayas de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la ignorancia general, se nos ha muerto y en cierto modo nos hace huérfanos, nos hace deudos de sus investigaciones, nos deja en la orfandad.

Para los que le conocimos, será siempre aquella cosa apacible y gentil, rebosante de generosidad. Para los que no tuvieron esa suerte será sólo el señalador, el iluminador y para unos y otros, será la satisfacción de que la tierra hubiera dado un ser tan espléndido.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia